

# Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

**MÁS PRUEBAS**  
PROFECÍAS CUMPLIDAS EN  
JESÚS

**LA PERLA  
SIN IGUAL**  
AUNQUE INVALUABLE, ESTÁ A  
TU DISPOSICIÓN

**«SEREMOS  
TRANSFORMADOS»**  
CÓMO SERÁ NUESTRO CUERPO  
GLORIOSO

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

<http://es.auroraproduction.com>

Conéctate  
Apartado 11  
Monterrey, N.L.  
**México**, 64000  
[conectate@conectate.org](mailto:conectate@conectate.org)  
(52-81) 8-311-0550

Conéctate  
Casilla de correo 14.982  
Correo 21  
Santiago  
**Chile**  
[conectatechile@mi-mail.cl](mailto:conectatechile@mi-mail.cl)  
09-4697045

Conéctate  
Apartado Aéreo 85178  
Santafé de Bogotá, D.C.  
**Colombia**  
[conectate@andinet.com](mailto:conectate@andinet.com)

Conéctate  
Casilla 2005  
Lima 100  
**Perú**  
[RAYOSdeSOL@terra.com.pe](mailto:RAYOSdeSOL@terra.com.pe)

Activated Ministries  
P.O. Box 462805  
Escondido, CA 92046-2805  
**USA**  
[activatedUSA@activated.org](mailto:activatedUSA@activated.org)  
(1-877) 862-3228 (número gratuito)

EN INTERNET  
[www.conectate.org](http://www.conectate.org)

DIRECTOR  
Gabriel Sarmiento

DISEÑO  
Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES  
Étienne Morel

PRODUCCIÓN  
Francisco López

AÑO 3, NÚMERO 3  
© 2002, Aurora Production AG.  
Es propiedad. Impreso en Tailandia.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

## a nuestros amigos



Una vez oí decir a alguien que la Pascua de Resurrección debiera ser la fiesta cristiana por excelencia, a la que incluso debiera atribuírsele mayor importancia que a la Navidad. Aunque es poco probable que ello suceda, en todo caso el argumento que presentó esa persona no dejaba de ser interesante.

Razonaba que aunque la Navidad nos infunde esperanza, la Pascua nos da motivo para celebrar. La Navidad representa la llegada de la tan ansiada promesa; la Pascua nos recuerda el cumplimiento final de dicha promesa. La Navidad señala el comienzo de la vida terrenal del Rey de reyes; la Pascua, Su coronación como Salvador de la humanidad.

Aquel apasionado defensor de la Pascua procedió a argumentar con más fuerza aún que la misma debía ser una fecha para celebrar con alegría en vez de pesadumbre y solemnidad. Su razonamiento era muy sencillo: Jesús así lo desea. Quiere que nos regocijemos en Su amor, que apreciemos Su sacrificio y celebremos Su resurrección en vez de lamentarnos de Su muerte. Coincido totalmente con él en esta materia. Para respaldar su postura, citó tres frases de Jesús:

Antes de Su crucifixión, el Mesías dijo a Sus discípulos: «Si me amarais, os habrías regocijado, porque he dicho que voy al Padre» (Juan 14:28). Poco después anunció: «Ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón» (Juan 16:22). Finalmente, a María Magdalena y a la otra María, que fueron las primeras en verlo después de Su resurrección, las saludó con un «salve», que en la lengua original era literalmente: «Regocijense» (Mateo 28:9).

La Pascua ha llegado. Seamos todos defensores de la misma y hagamos de ella una ocasión feliz, como Él quiere que sea. ¡Celebremos! ¡Alabemos a Dios y a Jesús por la victoria! ¡Jesús vive! Y porque Él vive, nosotros también viviremos eternamente.

Gabriel Sarmiento

En nombre de *Conéctate*

# Volvió a la vida y a Jesús

Peter Cook

Jesús dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá» (Juan 11:25).

EN AQUEL ENTONCES yo tenía 21 años y residía en un pueblito de Florida (EE.UU.), donde me reuní con un viejo amigo del colegio. Yo había aceptado a Jesús y su regalo de salvación y tenía una vocación para servir Dios. Mi amigo había aceptado al Señor varios años antes, pero ciertas contrariedades de la vida lo habían hecho resentirse contra Dios. Yo trataba de convencerlo de que, pasara lo que pasara, Jesús lo seguía amando; pero era difícil penetrar la dura coraza de la que se había armado.

Una noche fuimos a una fiesta y como a las 3 de la mañana emprendimos regreso al pueblo en su pequeño auto descapotable. Como sucede con frecuencia en esa parte de Florida, la carretera estaba flanqueada por canales a ambos lados.

De pronto, un coche más grande nos dio un topetazo por detrás, y el pequeño auto deportivo de mi amigo salió despedido de la carretera. Cuando recuperé el conocimiento estaba del otro lado del canal, ileso y totalmente seco. Reinaba el más completo silencio. El auto que nos había echado de la carretera había seguido sin detenerse. Me puse a llamar a mi amigo, pero no hubo respuesta.

Miré dentro del canal y distinguí las ruedas del auto, que sobresalían un poco de la superficie. Me metí en el agua, que me llegaba hasta la cintura, y palpé dentro del vehículo con la esperanza de dar con mi amigo. Me di cuenta de que estaba allí, pero totalmente inmóvil. Por mucho que lo intenté no logré sacarlo por mi cuenta.

Subí a gatas hasta la carretera e hice señales al siguiente auto que pasó. Era una señora mayor y estaba sola. Partió a toda velocidad a llamar a una ambulancia.

Minutos después se detuvo otro auto. De él se bajaron tres muchachos a los que nunca había visto. Una vez que hubi-

mos bajado al canal, entre los cuatro pudimos levantar el auto, abrir la puerta y sacar a mi amigo. Dos de aquellos desconocidos lo llevaron hasta la carretera.

No respiraba. Uno de los muchachos

dijo que estaba muerto. Me conmoví profundamente y grité con todas mis fuerzas:

—¡Dios, no permitas que se muera!

Más o menos entonces llegaron la ambulancia y la policía y nos llevaron enseguida a una clínica. En medio de la confusión no vi marcharse a los tres muchachos. Más tarde, cuando la policía me interrogó para averiguar lo que había ocurrido, me informaron que nadie más había visto a los tres jóvenes.

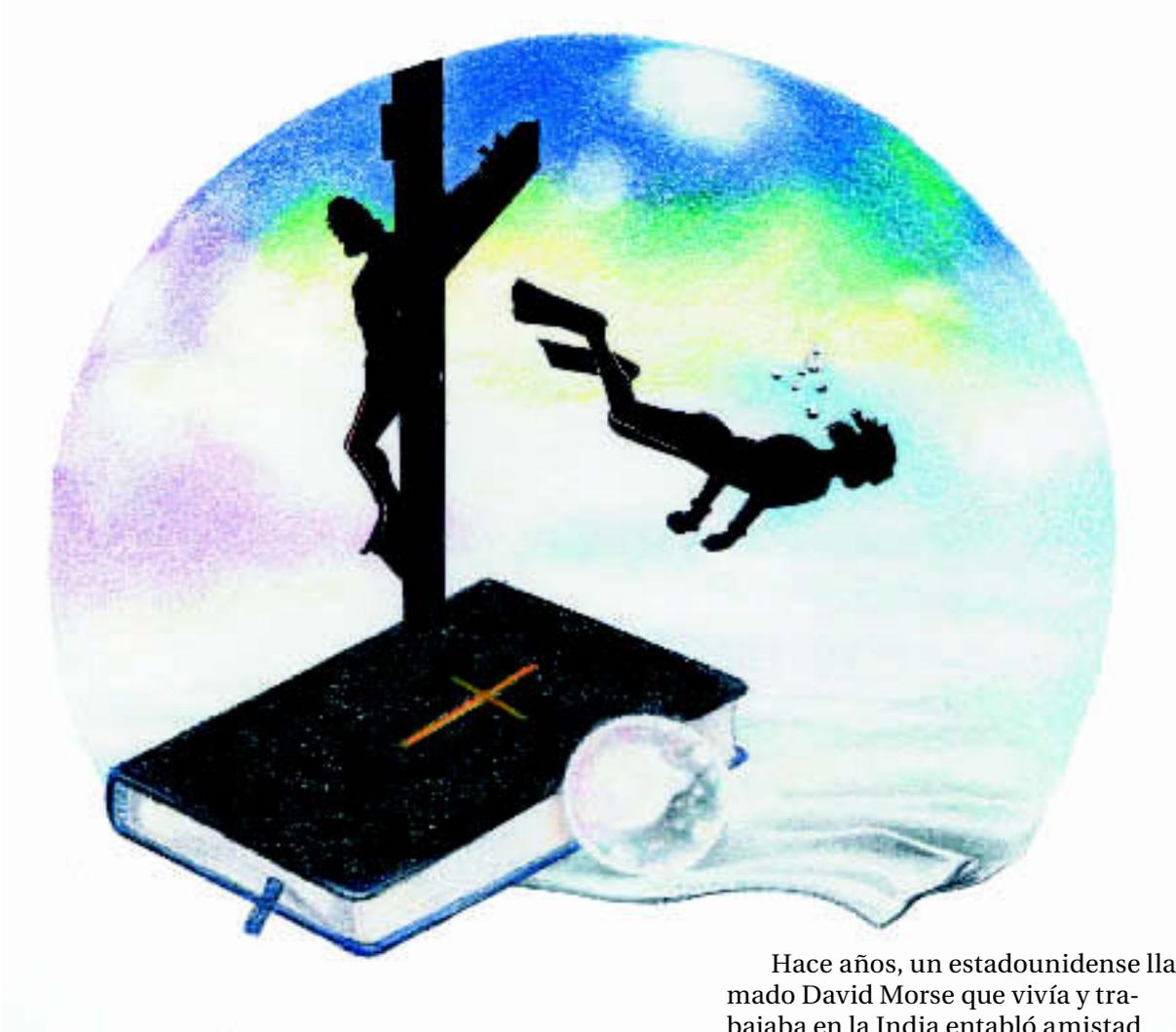
—Debes de estar rezando —me dijo uno de los médicos de urgencias unas horas más tarde—. No hay explicación para que ese muchacho esté con vida. Tenía tres cuartos de los pulmones llenos de agua contaminada. Se los hemos drenado, le hemos practicado una traqueotomía y lo hemos conectado a un pulmón artificial. Pero el caso es que está vivo.

Al día siguiente mi amigo estaba consciente, pero no podía hablar. Le pregunté:

—¿Entiendes ahora lo que hablábamos la otra noche acerca de Jesús?

Me miró a los ojos profundamente, y se le dibujó una hermosa sonrisa. Supe que se había reconciliado con el Señor.

Al otro día pasó a mejor vida, se fue a los brazos de Jesús. Ya no estaba resentido ni escéptico, sino feliz y reconciliado. ○



# la perla sin igual

Hace años, un estadounidense llamado David Morse que vivía y trabajaba en la India entabló amistad con un buscador de perlas de nombre Rambhau.

Morse pasaba muchas veladas en la casita de Rambhau leyéndole la Biblia y explicándole el tema central de la misma: el amor de Dios y la salvación que brinda Jesús. A Rambhau le gustaba escuchar la Palabra de Dios, pero cuando Morse lo animaba a reconocer a Cristo como Salvador, el anciano negaba con la cabeza y replicaba:

—Tu método cristiano para llegar al Cielo me parece demasiado fácil. No puedo aceptarlo. Si me admitieran en el Cielo de esa manera, me sentiría como un mendigo, como un pordiosero al que le permitieron entrar por

pura lástima. Será que soy orgulloso, pero quiero ganarme mi sitio en el Cielo. Quiero merecerlo con mi esfuerzo.

Por mucho que se esforzara, Morse no conseguía disuadir a Rambhau de la decisión que había tomado. Transcurrieron algunos años.

Una noche, Morse oyó que alguien tocaba a su puerta. Era Rambhau.

—Entra, amigo —dijo Morse.

—No —contestó el anciano buscador de perlas—, lo que quiero es que vayas a mi casa un rato. Quiero mostrarte algo. Te ruego que no te niegues.

—¡Cómo no! —repuso Morse.

Mientras se acercaban a la casita, Rambhau anunció:

—En una semana empezaré a ganarme mi puesto en el Cielo. Iré de rodillas a Delhi.

—¿Te has vuelto loco! —exclamó Morse—. Son casi mil quinientos kilómetros. Las rodillas te quedarán en carne viva y te dará septicemia antes de llegar, si es que llegas.

—No. Tengo que ir a Delhi —aseveró Rambhau—, y los inmortales me lo recompensarán. El sufrimiento será grato, pues con él me compraré un lugar en el Cielo.

—Rambhau, amigo mío —comentó Morse—, no puedo permitirte que hagas eso. Mira, Jesucristo ya sufrió y murió para comprarte un lugar en el Cielo.

El anciano no se inmutaba. Añadió:

—Eres el mejor amigo que tengo en la Tierra. En todos estos años no me has abandonado cuando he estado enfermo o he padecido necesidad. A veces has sido mi único amigo. Pero ni siquiera tú puedes disuadirme de comprarme la felicidad eterna. ¡Tengo que ir a Delhi!

Una vez que estuvieron en el interior de la casita, Rambhau salió de la sala. Regresó poco después con una pequeña caja de caudales.

—Tengo esta caja desde hace años —precisó—; solo guardo una cosa en ella. Te contaré de qué se trata, amigo. Yo tenía un hijo varón...

—¡Un hijo! Rambhau... ¡nunca me hablaste de él!

—No. Es que no podía —al decir aquello, al pescador se le llenaron de lágrimas los ojos—. Ahora debo decírtelo, porque pronto me mar-

charé, ¿y quién sabe si volveré algún día? Mi hijo también era buzo, el mejor pescador de perlas de las costas de la India. Era también el más rápido, el que tenía la vista más aguda y los brazos más fuertes, y el que era capaz de contener el aliento por más tiempo mientras buscaba perlas. No te imaginas las alegrías que me daba.

»Como sabes —prosiguió Rambhau— casi toda perla tiene algún defecto o imperfección que solo un experto puede notar. Mi muchacho siempre soñó con encontrar la perla perfecta, la más fina de todas. Y un día la encontró.

Pero para sacarla del mar pasó demasiado tiempo bajo el agua. A los pocos días, murió. Esa perla le costó la vida.»

El anciano pescador de perlas agachó la cabeza. Por unos instantes se le estremeció todo el cuerpo, aunque no emitió sonido alguno.

—Todos estos años —continuó— he guardado esta perla.

Ahora que me voy y quizá no vuelva, te la regalo a ti, que eres mi mejor amigo.

El anciano accionó la combinación, abrió la caja fuerte y sacó con sumo cuidado un paquete envuelto en algodón. Lo desenvolvió con suavidad y extrajo una perla de gran tamaño que colocó en la mano de Morse.

Era una de las perlas más grandes que se habían hallado en las costas de la India. Tenía un brillo jamás visto en perlas cultivadas. En cualquier mercado se habría obtenido una cantidad fabulosa por ella.

Por un momento, Morse contempló la joya con asombro, sin poder articular palabra. Luego exclamó:

—¡Rambhau! ¡Esta perla es fabulosa!

—Esta perla, amigo mío, es perfecta —precisó el hindú con voz queda.

Entonces se le ocurrió una idea a Morse: aquella era la oportunidad por la que habíaorado para ayudar a Rambhau a entender el valor del sacrificio que hizo Jesús.

—Rambhau, esta perla es estúpida; ¡es asombrosa! Permíteme comprártela. Te daré diez mil dólares por ella.

—¿Qué dices? No te entiendo —repuso Rambhau.

—Te daré quince mil dólares; y si hace falta,

**VALE TANTO COMO LA  
VIDA DE MI HIJO. NO  
PUEDO VENDÉRTELA,  
SOLO REGALÁRTELA.**

trabajaré para pagártela.

Rambhau se puso tenso y añadió:

—Esta perla no tiene precio. No hay hombre en el mundo cuyo dinero alcance a cubrir el valor que tiene para mí. En el mercado, un millón de dólares no bastarían para comprarla. No te la vendo. Solo será tuya si te la regalo.

—No, Rambhau. No puedo aceptar. Aunque me muero por tener esta perla, no puedo aceptarla en esas condiciones. Quizá soy orgulloso, pero sería demasiado fácil. Tengo que pagarla o ganármela con mi esfuerzo.

El anciano quedó perplejo.

—Amigo mío, no lo entiendes —repuso—. ¿No te das cuenta? Mi único hijo dio la vida para conseguirla; no la vendería a ningún precio. Vale tanto como la vida de mi hijo. No puedo vendértela, solo regalártela. Acéptala en prenda de mi afecto.

Ahogado por la emoción, Morse no logró pronunciar palabra durante varios instantes. Luego, asiendo con firmeza la mano del anciano, le aseguró con voz queda:

—Rambhau... ¿no lo comprendes? Acabo de decirte lo mismo que siempre le has dicho tú a Dios.

El anciano miró inquisitivamente a Morse largo rato. Poco a poco, empezó a entender.

—Dios te ofrece gratuitamente la salvación —añadió Morse—. Su valor es incalculable. Nadie en la Tierra podría pagar lo que vale. Aunque uno se esforzara toda la vida por merecerla, ni viviendo millones de años lo conseguiría. Por muy bueno que uno sea, no puede merecérsela. A Dios le costó la vida de Su único Hijo obtener tu entrada al Cielo. Ni en un millón de años ni en cien peregrinajes podrías pagar esa entrada. Todo lo que puedes hacer es aceptarla como muestra del amor que Dios alberga por ti, un pecador.

»Rambhau —siguió Morse—, claro que acepto la perla con gran humildad. Pido a Dios que me haga digno de tu afecto. ¿No quieres tú aceptar el mejor regalo que Dios te ofrece, el Cielo, con gran humildad, sabiendo que ese regalo le costó la vida de Su Hijo?»

Las lágrimas rodaban por las mejillas del anciano. Había empezado a levantarse el velo que le obstruía el entendimiento.

—Ahora lo entiendo —dijo—. No podía creer que la salvación fuera gratuita. Algunas cosas son tan valiosas que no se pueden comprar ni merecer. Amigo mío, ¡acepto la salvación que me brinda Dios! ○

## Las dos religiones

DAVID BRANDT BERG SE PASABA buena parte del tiempo dando testimonio de Jesús en las calles de la ciudad californiana donde residía. Cuenta que siempre le planteaban la siguiente pregunta:

—¿Cómo se puede usted creer depositario de la verdad? Existen centenares de religiones en el mundo, y sus adeptos están convencidos de que la suya es la única verdadera. ¿Cómo puedo yo saber cual es la religión verdadera?

David respondía:

—¿Centenares de religiones, dice usted? Eso me extraña mucho, pues yo no conozco sino dos.

—Hombre, usted más que nadie sabrá que hay muchísimas más que dos —replacaba su interlocutor.

—No, no. De ninguna manera —alegaba él—. Admito que dentro de estas dos religiones existen muchas ramificaciones y diferencias de opinión. Pero en última instancia, solo hay dos. La una reúne a todos aquellos credos que enseñan que uno puede ganarse la salvación a base de buenas obras y observando distintas normas y preceptos religiosos. Como usted bien sabe esta escuela abarca la mayoría de los credos que existen en el mundo. La otra religión reúne a todos los creyentes que se saben incapaces de salvarse por sus propias virtudes y por tanto dependen únicamente de Dios para ello.

»Como verá —proseguía—, la cuestión no tiene ninguna ciencia. ¿Cree usted que puede salvarse por sí mismo, que siendo bueno puede llegar a merecerse la salvación? O por el contrario, ¿es usted consciente de que necesita un salvador que lo rescate de sus pecados y errores? Si está usted convencido de que necesita ayuda del Cielo para lograrlo, entonces ¡Jesús es para usted!»

«Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9). ○

Por aquel tiempo existió un hombre sabio llamado Jesús —si es lícito llamarlo hombre— que realizó grandes milagros y fue maestro de aquellos que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y a muchos gentiles. Era el Cristo. Delatado por los príncipes responsables de entre los nuestros, Pilatos lo condenó a la crucifixión. Quienes antes lo habían amado no dejaron de hacerlo, por cuanto se les apareció al tercer día nuevamente vivo. Los profetas habían anunciado éste y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad existe la agrupación de los cristianos que de Él toma nombre.

**Flavio Josefo, historiador y general judío (c. 37-c.100),  
Antigüedades judaicas, libro XVIII**

Alguien le comentó escépticamente a Talleyrand (1754-1838), político y diplomático francés que también fue obispo de Autun:

—El cristianismo no vale nada. Sería fácil fundar una religión de esas características.

—Sí, claro —respondió Talleyrand—. Bastaría con que a uno lo crucificaran y resucitara al tercer día.

Sócrates enseñó durante 40 años; Platón, durante 50; Aristóteles, durante 40; Jesús, durante escasos 3 años. Pero la influencia del ministerio de Cristo trasciende infinitamente el efecto de los 130 años combinados en que dictaron cátedra esos otros hombres, considerados de los más grandes filósofos de los tiempos antiguos.

Jesús no pintó ningún cuadro. Sin embargo, algunas de las obras más excelsas de Rafael, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci estuvieron inspiradas en Él.

Jesús no escribió poesía. Pero Dante, Milton y cientos de los más grandes poetas del mundo estuvieron inspirados por Él.

Jesús no era compositor. Con todo, Haydn, Händel, Beethoven, Bach y Mendelssohn alcanzaron la cima de la perfección melódica en los himnos, sinfonías y oratorios que compusieron en alabanza de Él. El humilde carpintero de Nazaret ha enriquecido todas las esferas de la grandeza humana.

**Anónimo**

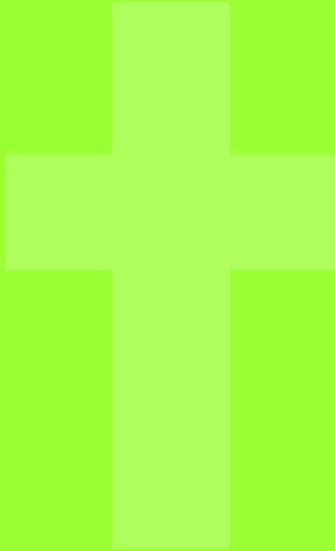
No recordemos solamente la muerte en la cruz y el sufrimiento de Cristo. Jesús no está crucificado. ¡Ya dejó la cruz! En nuestra cruz no hay nadie. «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» (1 Corintios 15:55). Cristo no está en el sepulcro. Está vivo y mora en nuestro corazón. Resucitó victorioso, con alegría y libertad, para nunca más volver a morir, a fin de redimirnos también a nosotros.

**David Brandt Berg**

# JESÚS ESTÁ VIVO

Si no estás seguro de haber conocido a este Hombre que murió y ahora vive, ¿por qué no procuras conocerlo? Simplemente pídele que se te manifieste. Él dice: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él» (Apocalipsis 3:20). Invítalo a entrar. Entenderás el sentido de la Pascua.





Jesús es el  
Mesías

# MÁS PRUEBAS

CIENTOS DE AÑOS antes del nacimiento de Cristo, numerosos profetas anunciaron Su venida. Sus predicciones —consignadas en el Antiguo Testamento— no versaban sobre meras generalidades, afirmando que vendría un Mesías, un Salvador, etc. Mencionaban lugares, fechas y sucesos específicos y se cumplieron en una única persona de entre todas las que han pisado este mundo: ¡Jesús de Nazaret!

Muchas de las más de 300 profecías enunciadas sobre Jesús tienen que ver con Su muerte y resurrección. Es decir, están relacionadas con lo que hoy llamamos la Semana Santa. A continuación enumeramos las más destacadas, seguidas de su correspondiente cumplimiento en el Nuevo Testamento.

## ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN

Alrededor del año 518 a. de C., el profeta Zacarías profetiza al pueblo de Israel:

*¡Alégrate mucho, hija de Sion!  
¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén!  
He aquí, tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna (Zacarías 9:9).*

Cinco días antes de Su crucifixión, Jesús regresó a Jerusalén y dijo a Sus discípulos: «Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. Y si alguien os dijere algo, decid: “El Señor los necesita”; y luego los enviará. [...] Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó, y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos, y Él se sentó encima.

[...] Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”» (Mateo 21:2-9).

### LA TRAICIÓN

Alrededor del año 518 a. de C., nuevamente Zacarías predice:

*Les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata (Zacarías 11:12).*

La noche en que Jesús fue capturado por Sus enemigos, el Nuevo Testamento dice que Judas Iscariote «fue a los principales sacerdotes, y les dijo: “¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?” Y ellos le asignaron treinta piezas de plata» (Mateo 26:14,15).

### SU JUICIO

En el año 712 a. de C., el profeta Isaías escribió que Jesús sería juzgado y sentenciado a muerte, pero no a raíz de un pecado cometido por Él mismo, sino por los pecados de todos nosotros:

*Después de aprehenderlo y juzgarlo, le dieron muerte; nadie se preocupó de Su descendencia. Fue arrancado de la tierra de los vivientes, y golpeado por la transgresión de mi pueblo (Isaías 53:8, Nueva Versión Internacional).*

Jesús fue detenido por los soldados del sumo sacerdote mientras oraba en el huerto de Getsemaní (Mateo 26:57). Tras juzgarlo en el tribunal religioso y condenarlo a muerte, lo ataron y lo entregaron a Pilatos, el gobernador romano (Mateo 27:1-2). Estando Pilatos sentado en el tribunal, los principales

sacerdotes y los ancianos persuadieron a la gente para que exigiera que se ejecutase a Jesús (Mateo 27:19-20). Finalmente Pilatos accedió, y Jesús fue crucificado (Juan 19:16).

### AÑO EXACTO DE SU CRUCIFIXIÓN

En el año 538 a. de C. Daniel, un cautivo israelita que había llegado a ser importante consejero de los monarcas de dos imperios, dio una profecía intrincada pero muy precisa, que desmenuzada matemáticamente revela con exactitud el año en que nacería el ansiado Mesías y el año mismo de su muerte:

*Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas [7 hebdómadas, equivalentes a 49 años], y sesenta y dos semanas [62 hebdómadas, equivalentes a 434 años]; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas [434 años] se quitará la vida al Mesías (Daniel 9:25,26).*

En el año 453 a.C., Artajerjes Longímano, rey de Persia, decretó que algunos de los judíos cautivos podían retornar para reconstruir Jerusalén. La reconstrucción demoró 49 años. Exactamente 434 años después, en el año 30 d.C., fue crucificado Jesucristo.

### SU CRUCIFIXIÓN

Cerca del año 1.000 a.C., David, rey de Israel, profetizó una muerte terrible y cruel:

*He sido derramado como aguas, y todos Mis huesos se descoyuntaron. Mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de Mis entrañas. [...] Perros me han rodeado; me ha cer-*

Cientos de años antes del nacimiento de Cristo, numerosos profetas anunciaron Su venida.

*cado cuadrilla de malignos; horadaron Mis manos y Mis pies. [...] Repartieron entre sí Mis vestidos, y sobre Mi ropa echaron suertes (Salmo 22:14-18).*

El rey David murió de forma apacible y natural, por lo que sabemos que este pasaje de la Escritura no se refería a él. Se infiere más bien que, siendo profeta, auguró con absoluta precisión las circunstancias que rodearon la muerte en la cruz sufrida por Jesús.

«He sido derramado como aguas [...]; Mi corazón [...] derritiéndose en medio de Mis entrañas». Jesús no derramó Su vida por nosotros en un sentido exclusivamente espiritual. Según el Nuevo Testamento, poco después de morir, estando todavía en la cruz, «uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua» (Juan 19:34).

«Todos Mis huesos se descoyuntaron». Esa era una de las consecuencias más horribles de la muerte por crucifixión. El peso de la víctima hacía que sus brazos se desencajaran.

«Perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos». El Evangelio certifica que los pérfidos enemigos de Cristo se juntaron a su alrededor, mientras pendía de la cruz, para insultarlo y burlarse de Él (Mateo 27:39-44).

«Horadaron Mis manos y Mis pies». En los tiempos de David los judíos no imponían la pena de la crucifixión. Sus leyes religiosas determinaban que los malhechores fuesen ejecutados por lapidación (apedreamiento). Sin embargo, Dios dejó entrever a David, Su profeta, la muerte que habría de padecer el Mesías 10 siglos después, ejecutado por mano de los romanos, cuyo imperio ni siquiera existía en los días de David y cuyo método más común de ajusticiamiento era la crucifixión.

«Repartieron entre sí Mis vestidos, y sobre Mi ropa echaron suertes». Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, «tomaron Sus vestidos, e hicieron cuatro

partes, una para cada soldado. Tomaron también Su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: “No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, para ver de quién será”» (Juan 19:23,24).

## SU SEPULTURA

Más de 700 años antes de ser crucificado Jesús, el profeta Isaías predijo las circunstancias que rodearían Su sepultura:

*Se dispuso con los impíos Su sepultura, mas con los ricos fue en Su muerte (Isaías 53:9).*

A los ojos de Sus enemigos, Jesús era un impío. Fue crucificado junto a dos ladrones (Mateo 27:38). Sin embargo, se lo enterró entre los ricos. «Un hombre rico de Arimatea, llamado José [...], fue a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. [...] Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo» (Mateo 27:57-60).

## SU RESURRECCIÓN

Aproximadamente en el año 1000 a.C., el rey David alabó a Dios por el «Santo», cuyo cuerpo —aun después de la muerte— no vería corrupción:

*No dejarás Mi alma en el Seol [el Hades, la morada de los muertos], ni permitirás que Tu Santo vea corrupción [descomposición] (Salmo 16:10).*

El rey David murió y fue enterrado, y su carne se descompuso. Pero Jesús salió de la tumba tres días después de Su muerte, y Su carne no se corrompió (Hechos 2:27-31). Un ángel dijo a las dolientes que acudieron a la tumba de Jesús: «¡No está aquí, sino que ha resucitado! ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lucas 24:6,5). Jesús anduvo por la tierra durante los 40 días posteriores a Su resurrección y fue visto por centenares de seguidores (Hechos 1:3; 1 Corintios 15:4-6). Luego ascendió a los Cielos, donde está sentado a la diestra del trono de Dios (Marcos 16:19). ○

## A TUS INTERROGANTES

P.: Leí en varios artículos de la revista *Conéctate* que debemos tratar de complacer al Señor en todo lo que hacemos y dejar que Él se valga de nosotros para ayudar a los demás. Lo he intentado, pero no me ha dado mucho resultado. O no logro hacer frente a algo que Él me pide que haga, o surge alguna otra cosa que me gustaría hacer, pero que no está entre las prioridades de Él. ¿Me podrían aconsejar al respecto?

**R**: Jesús tiene una misión exclusiva para ti. Nadie más puede cumplirla. A ese llamado o vocación que Dios tiene para cada persona se le conoce comúnmente como la voluntad del Señor. Dentro de esa gran misión existe un sinnúmero de tareas que Dios quiere que hagas, ya sea momentáneamente, durante cierto tiempo o como vocación en la vida. Normalmente no es muy difícil determinar cuáles son esas pequeñas tareas que Él quiere que cumplas. Si se lo preguntas, Él te lo indicará (Mateo 7:7). El segundo paso es precisamente cumplir con lo que te pide. Esa viene a ser la parte más difícil, sobre todo cuando la exigencia no se ajusta a tu naturaleza o a tus planes. Además, puedes tener por seguro que si el Señor quiere que hagas algo, el Diablo procurará convencerte de lo contrario.

Habrás escuchado expresiones tipo: Esto me mata o Esta es una cruz pesada de llevar. Es posible que así lo parezca cuando el Señor te pide que hagas algo que no intentarías en cualquier otra circunstancia —por mucho que Jesús ha prometido no darnos cargas que no podamos sobrellevar—. En tal caso, es importante recordar lo que Jesús estuvo dispuesto a hacer por nosotros. Aunque sabía que significaría el fin de Su vida terrenal, oró en el Huerto de Getsemaní: «Padre mío, si es posible, pase de Mí esta copa; pero no sea como Yo quiero, sino como Tú» (Mateo 26:39). Puede que una vocación que Dios tiene para nosotros signifique la muerte del yo, pero si estamos dispuestos a rezar esa misma plegaria y sufrir la consiguiente crucifixión cuando el Señor nos pida algo difícil, se allanará el camino para que luego resucitemos gloriosamente y alcancemos una mayor felicidad y satisfacción, además de otras bendiciones del Señor.

«Con Cristo estoy juntamente crucificado —escribió el apóstol Pablo—, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). Afirmó además: «Muero cada día» (1 Corintios 15:31). ¿Por qué estaba dispuesto Pablo a hacer eso? Porque aprendió que cuando hacía lo que Jesús le pedía, el Señor revertía de tal manera situaciones aparentemente imposibles que no podía menos que salir airoso de ellas. El Señor hacía que Pablo fuera una bendición para los demás, y simultáneamente lo bendecía a él. Pues bien, lo mismo hará por nosotros. Eso está garantizado (Mateo 6:33; Salmos 37:4; 84:11). ○



Vivencias

Sara Kelley

**¿SERÉ LA ÚNICA QUE SE SIENTE  
ASÍ? ¿O HABRÁ OTRAS MUJERES  
QUE BATALLAN CON ESOS MISMOS  
PENSAMIENTOS DE QUE COMO  
MADRES SON UNAS FRACASADAS?**

*¿Se consideran las demás tan incapaces como yo? ¿Se culpan también ellas por no hacer más por sus hijos, por no proveer para ellos o no guiarlos y estimularlos tanto como quisieran?*

Camino del hospital una mañana con mi esposo, tenía la cabeza llena de esos reproches y pensamientos negativos. Un mes antes él había sufrido un infarto que lo dejó muy debilitado, por lo que tenía que presentarse para que le practicaran exámenes complementarios. «Es el colmo —pensé—. Tengo que atender a las necesidades de nuestras cinco hijas, y ahora Alfredo también necesitará ayuda y cuidados para recuperarse del todo. Casi no doy abasto para proporcionarles a las chicas lo que necesitan, y encima esto». Tenía agobiado el corazón, la mente y el espíritu.

Alfredo entró a hacerse los exámenes, y yo me quedé rezando por él en la sala de espera. «Los treinta años que llevamos trabajando de voluntarios cristianos han hecho mella en nosotros, y a los 50 ya no damos más», pensé. La ansiedad se apoderó de mi mente, impidiéndome orar. Abrumada, descorazonada y lisa y llanamente cansada de pelear la buena batalla de la fe, como

la llama la Biblia, el abatimiento me redujo a las lágrimas.

En ese momento la apacible voz del Señor me habló con ternura y claridad. Él sabía que lo necesitaba justo en ese momento. ¿Sabían lo que me dijo? «Alza la vista. Eleva todos tus pensamientos. Ahora transfórmalos todos en una plegaria y alábbame».

«¡Gracias, dulce Jesús!», pensé. Enseguida recobré la serenidad y la paz. A la vez me punzó la conciencia por haber estado quejándome cuando Dios se ha portado tan bien con mi familia y ha provisto para nuestras necesidades a lo largo de los años en que le hemos servido, pese a no tener empleos remunerados. Vi imágenes de los rostros felices de nuestras hijas, con el gozo del Señor reflejado en ellos. Recordé las veces en que Dios había sanado a uno de nosotros y me sentí avergonzada de haber dudado de que era capaz de hacer lo mismo por mi esposo ahora. «Me estoy inquietando por mi familia y simplemente no estoy confiando en Ti como debiera —le dije al Señor en una oración silenciosa—. Te ruego que me perdones, Señor. Nunca me has fallado y sé que nunca lo harás».

En esa breve charla con Jesús todo se había arreglado. Tenía la perfecta paz que siempre me proporcionan Sus Palabras cuando me detengo a orar, a pedirle ayuda y respuestas. Siempre da resultado.

Sin embargo, Él aún no había concluido.

«Arriba —me susurró al oído—. Hay alguien arriba que necesita un abrazo. Necesita el mismo consuelo que tú has recibido de Mí, y lo nece-

sita ahora mismo. Ve».

Salté de mi asiento, abandoné mis pensamientos y enseguida me encontré arriba, en la sala de espera del sector de radiografías. En el mismísimo momento en que entré, mi mirada se cruzó con la de Vivian, una estupenda enfermera cristiana con quien habíamos conversado durante dos horas en nuestra última visita al hospital. Le encantaron las revistas *Conéctate* y esperaba con ansias recibir más. Sin embargo, en lugar del cálido saludo que me esperaba, me miró y rompió a llorar.

La tomé en mis brazos mientras se desahogaba y la estreché fuertemente.

—Mis hijos... mi familia...  
—balbuceó—. Es tan difícil...

Para entonces yo también lloraba. No hacía falta que me explicara nada.

—Vivian, es cierto que a veces es muy difícil. Lo sé. Dios también lo sabe y quiere que acudamos a Él para obtener fuerzas y asistencia. Al confiar en Él evidenciamos el amor y la fe que tenemos en Él y solamente en Él.

En realidad no había necesidad de predicar, ni de hablar siquiera. Nos quedamos abrazadas en la sala de espera.

Luego la voz de la Palabra de Dios me habló al corazón: «[Dios] nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Corintios 1:4). De golpe entendí por qué había tenido que

batallar con aquella depresión ese día: para aprender a superarla por medio de la fe y la oración y escuchando al Señor, de manera que pudiera consolar y ayudar a alguien que estaba pasando por lo mismo.

Alfredo apareció por la puerta y nos saludó con una gran sonrisa.

—El doctor dice que estoy muy bien y que me estoy recuperando muy rápidamente. ¿No es fantástico confiar en el Señor?

—Gracias por estar aquí presente cuando más te necesitaba —expresó Vivian con cara radiante—. ¡Necesitaba mucho ese abrazo!

—Yo también —le respondí.

Se sintió muy conmovida cuando le conté que mientras esperaba abajo, Jesús me había dicho que fuera a darle ese cariñoso abrazo de Su parte. Fue todo idea Suya para sanarnos a las dos. ○

---

*cura  
segura*

En una reunión anual de la Asociación Ortosiquiátrica Norteamericana a la que asistieron unos 4.000 delegados, la Dra. Virginia Satir anunció que cuatro abrazos al día vienen bien para superar los momentos bajos, ¡pero que con una docena se vive mejor! La doctora declaró a la prensa que hacen falta cuatro abrazos diarios para sobrevivir, ocho para mantenerse en forma, y doce para alcanzar la plenitud.

---

*oración  
para hoy*

Te agradezco, Jesús, que abandonaras Tu paraíso en el Cielo para venir a este mundo a experimentar la vida humana y finalmente morir para salvarme. También yo anhelo comprender y amar más profundamente a los demás, perdonarlos y brindarme más a ellos. En resumidas cuentas, quiero ser más como Tú, pues te amo.

«¡HE AQUÍ, OS DIGO UN MISTERIO!  
—anunció Pablo a un grupo de cristia-  
nos de la ciudad griega de Corinto—.  
No todos dormiremos [estaremos  
muertos]; pero todos seremos trans-  
formados, en un momento, en un  
abrir y cerrar de ojos, a la final trom-  
peta; porque se tocará la trompeta,  
y los muertos serán resucitados inco-  
rruptibles, y nosotros seremos trans-  
formados. Porque es necesario que  
esto corruptible se vista de incorrup-  
ción, y esto mortal se vista de inmor-  
talidad. Y cuando esto corruptible se  
haya vestido de incorrupción, y esto  
mortal se haya vestido de inmortalidad,  
entonces se cumplirá la palabra  
que está escrita: Sorbida es la muerte  
en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu  
aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victo-  
ria?» (1 Corintios 15:51-55).

En este pasaje Pablo explica con bastante detalle la resurrección. Es difícil, porque ¿cómo explicar que un cuerpo viejo, corrompido y descompuesto que lleva enterrado tal vez cientos o miles de años vaya a cobrar vida y estar completamente sano y en mejores condiciones que nunca? ¿Cómo se puede explicar un fenómeno así? Pablo dice que será como la diferencia entre una semilla y lo que brota de ella una vez que germina y se desarrolla hasta alcanzar la madurez (1 Corintios 15:36-44).

Nuestros cuerpos gloriosos serán nuevos y diferentes, y sin embargo nos reconoceremos mutuamente: «Conoceremos como fuimos conocidos» (1 Corintios 13:12). Los discípulos reconocieron a Cristo resucitado, aunque no siempre. Se veía tan distinto que a veces no lo reconocían (Lucas 24:13-16, 31; Juan 20:14-16). Quizá porque no quería que lo reconocieran, o porque tenía un aspecto aún más sublime y perfecto —si cabe—, ya que tenía un cuerpo espi-

ritual, nuevo e inmortal. Eso precisamente será lo que tendremos nosotros. Seremos como Jesús fue y sigue siendo después de resucitado. Él «transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo [resucitado] de la gloria Suya» (Filipenses 3:21).

Después que Jesús resucitó, ¿podían verlo Sus seguidores? En

# «SEREMOS TRANSFORMADOS»

## BOSQUEJO DE NUESTRA RESURRECCIÓN

David Brandt Berg



efecto. ¿Por lo general lo reconocían? Claro que sí. ¿Caminó y habló con ellos? ¡Sí! Hasta comió y bebió con los apóstoles e incluso cocinó para ellos en una ocasión (Lucas 24:43; Juan 21:9-14). Jesús tenía la facultad de hacer todas esas cosas propias de la esfera natural. Nosotros, cuando hayamos resucitado, podremos hacerlas también. Imagínense.

Pero ahí no acaba todo. También podremos hacer ciertas cosas que somos incapaces de hacer con nuestros cuerpos naturales. Estando los discípulos encerrados en una sala con la puerta trancada por temor a quienes habían crucificado a Jesús, Éste atravesó la puerta (Juan 20:26). En otra ocasión en que había terminado una conversación con dos de Sus seguidores en el camino a Emaús, «Él se desapareció de su vista» (Lucas 24:31). Podremos atravesar puertas y muros, aparecer y desaparecer,

tal como lo hizo Jesús. También conseguiremos trasladarnos de un sitio a otro no solamente a la velocidad del sonido o de la luz, sino a la velocidad del pensamiento. Pero no nos adelantemos tanto.

«Seremos transformados». La transformación más importante que se producirá es la corporal, aunque si Dios nos cambia corporalmente, sin duda cambiará nuestra vestimenta. A diferencia de lo que creen algunas personas, Él no nos va a resucitar completamente desnudos. Estaremos ataviados en una túnica de luz, de justicia. Algo impre-

tionante. Dondequiera que estemos, sea lo que sea que estemos haciendo, de repente notaremos que se produce una estupenda transformación y nos veremos revestidos de una nueva y hermosa túnica de justicia.

Hasta es posible que estemos tan pendientes de lo esté ocurriendo en el cielo —relámpagos, truenos y Jesús que aparece en las nubes— que quizá ni nos demos cuenta de lo que llevamos puesto. Lo que no admite duda es que nos sentiremos diferentes, porque «seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta» (1 Corintios 15:52). Al toque de esa trompeta seremos resucitados de los muertos —si es que estamos muertos— o arrebatados de la Tierra si es que aún estamos con vida.

En otra epístola, Pablo escribe: «Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él» (1 Tesalonicenses 4:13-14). Eso te incluye a ti, si es que lo has aceptado. También incluye a todos tus familiares y amigos salvos que hayan muerto anteriormente. De modo que no te preocupes de no volver a verlos jamás: te reunirás con ellos en el aire. ¡Vaya reunión familiar que será esa! ¡La más grandiosa de todos los tiempos!

«El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:16-17). ○



# COMPRENDO DE JESÚS, CON CARIÑO

Comprendo las pruebas a las que se ven sometidos los corazones de los hombres, la impotencia, el desaliento y la desesperación que los embarga.

Comprendo lo que significa renunciar a un ser querido, pues Yo tuve que renunciar primero a Mi Padre para emigrar a la Tierra, y luego a los que tanto quería para retornar a Mi Padre.

Sé además cuánto duele que te traicione alguien a quien amas, como me traicionó Mi amigo Judas con un beso.

También comprendo el temor que invade el alma ante un suceso inminente. Por eso dije: «Padre, pase de Mí esta copa».

Comprendo lo que es sentirse ridiculizado y vilipendiado, pues Yo también sufrí eso.

Comprendo el dolor: grité de dolor cuando los clavos me atravesaron las manos y los pies.

Comprendo lo que es sentirse abandonado: Yo mismo me sentí así cuando me dejaron Mis amados, los cuales también me amaban a Mí. Por un momento incluso pensé que Mi propio Padre me había abandonado.

Aunque Mi Padre no dejó que pasara de Mí esa copa, aunque me traicionó uno a quien Yo amaba, aunque vi cómo huían de Mi lado Mis amados en la hora de Mi angustia, aunque me dieron muchos azotes, aunque los clavos me atravesaron las manos y los pies y tuve la sensación de que Mi Padre me abandonaba, aunque sufrí una muerte atroz, angustiosa, que parecía una derrota ignominiosa, todo ello trajo aparejadas una gran victoria y una magnífica salvación, una portentosa resurrección que alteró el curso de la Historia por la eternidad.

Morí para salvarte; pero todo lo demás lo padecí para comprenderte mejor.

